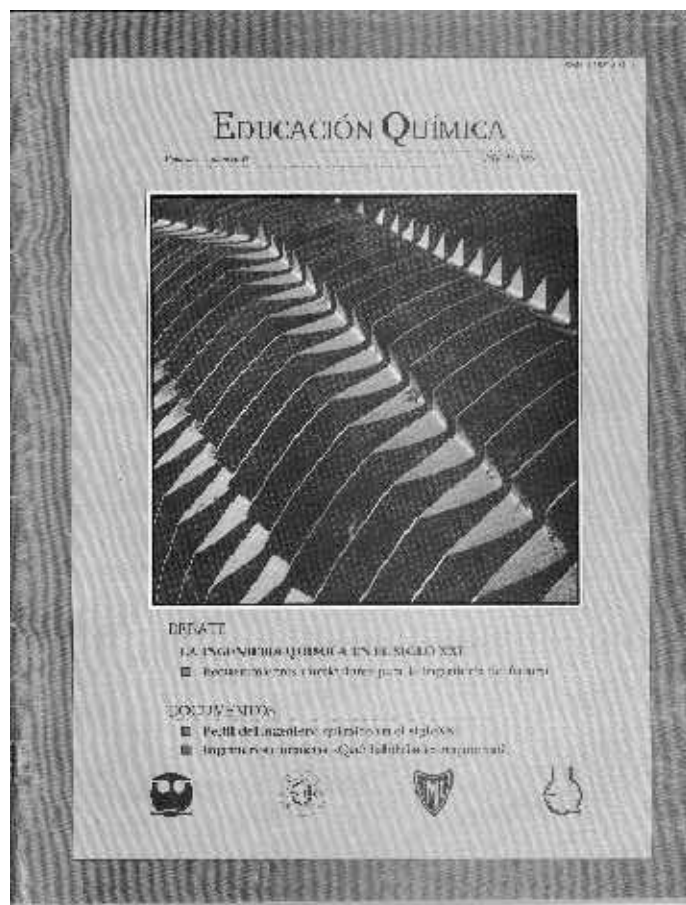


Siete años, siete

Andoni Garritz



No cabe duda que el siete es un número especial. Para empezar, es el primer primo “escondido”: es fácil aplicar un algoritmo sencillo para saber si un número es múltiplo de dos, de tres o de cinco, pero con el siete se falla estrepitosamente, al no existir una regla simple para identificarlo como factor. Curiosamente, el segundo primo “escondido” es el once —junto con el siete también ganador en el juego de *craps*— y el tercero el trece, cuya sola aparición nos llena de sobresalto.

En la cábala se habla de “los siete años de mala suerte que vienen con la ruptura de un espejo”; nuestro amigo el siete —¿o enemigo?— pone a temblar las relaciones personales con “la comezón del séptimo año”; o aparece como límite de supervivencia en “las siete vidas del gato”.

En un contexto menos cabalístico, pero más del azar, siete es la tirada más probable de dos dados, por lo que el siete es villano —aunque igualmente ídolo, si aparece en la primera tirada— en el juego de dados del casino; se juega al “siete y medio” con la baraja y el siete es tanto el comodín preferido como la mano de salida de varios juegos de naipes, como el pókar de siete cartas o la valiosa canasta de sietes de la canasta uruguaya.

En un contexto menos azaroso y más místico, es notable que siete días tenga la semana, porque en siete días Dios creó el Universo; de allí nace la orden de los adventistas del “séptimo día”; siete son los dones del Espíritu Santo y siete los “campeones de la cristiandad”, nombre colectivo medieval de los siete santos de Inglaterra; fueron “siete sagrados fundadores” quienes en el siglo XIII crearon la congregación católica romana de trabajo apostólico; se dice que uno alcanza el estado de razón a los siete años, un buen momento por lo tanto para la Primera Comunión; y, por cierto, son siete los pecados capitales y siete las terribles trompetas de devastación que sonarán en el Apocalipsis.

En un contexto menos místico y más artístico, son siete las notas dominantes de la escala musical, base de todas las obras maestras —muy destacada entre ellas el “septiminio” de Beethoven; siete fueron las maravillas del mundo antiguo; al cine se le denomina “el séptimo arte”, por cierto el más apreciado por muchos, y “el séptimo sello” de Bergman, así como los “siete samurais” de Kurosawa, dos de sus mejores muestras, sin olvidar a “Blanca Nieves y los siete enanos”, de Disney —aunque con esta mención me juegue yo el recibir una rechifla por parte de los cineastas de hueso colorado.

En un contexto menos artístico y más bélico, qué decir de la “guerra de los siete años”, conflicto entre las grandes potencias europeas en el siglo XVIII; de la “batalla de los siete días” en la lucha de secesión estadounidense; de la “guerra de las siete semanas” del verano de 1886, entre los estados germanos; o de la “guerra de los siete días” durante el conflicto árabe-israelí.

En un contexto menos bélico y más culto, tenemos a los “siete maestros”, del ciclo de cuentos de origen hindú, incluido el famoso Sindbad que luego

pasó al escrito arábigo *Las mil y una noches*, y de allí a obras hebreas, hispanas y griegas; a los “siete sabios de la Grecia antigua”, que poseían enorme sabiduría y nos legaron las inapreciables máximas “conócete a ti mismo” o “nada con exceso”; sobre siete colinas fue construida en todo su esplendor la Roma clásica; de resaltar también es la obsesiva repetición de setes y más setes en el *Nombre de la rosa* de Humberto Eco.

En un contexto menos culto y más mítico, recordemos que, en la cronología maya, el ciclo sagrado de 819 días tiene al siete como factor; los “siete dioses de la suerte” fueron deidades populares japonesas asociadas con la fortuna y la felicidad; “siete contra Tebas” es el nombre del mito griego tomado como tema por Eurípides y por Esquilo, que relata la lucha contra Oedipus, el rey de aquella ciudad; ni insistir en el famoso “dragón con siete cabezas” o en los “siete durmientes de Efeso”, personajes de la leyenda que pretendió confirmar la realidad de la resurrección después de la muerte, presente en el cristianismo y en el Islam desde la Edad Media hasta nuestros días.

En un contexto menos mítico y más terrenal, el poderoso “grupo de los siete” es, en mucho, el dueño de los destinos del mundo; familiarmente se dice “más de siete” cuando a la mesa se sienta un gran número de personas, una cantidad, por lo tanto, casi innumerable, irreconocible con precisión.

En un contexto menos terrenal y más individual, todos tenemos un siete muy querido y muy nuestro. En mi caso se trata de “Saspi”, la perra con la que conviví diez años. Le dimos ese nombre, que significa “siete” en vascuence, porque fue el séptimo perro de la camada. Éste es tu epitafio, Saspi.

En un contexto menos individual y más químico, habrá que citar a las benzodiazepinas, con sus heterociclos de siete miembros y sus propiedades ansiolíticas; y no olvidar los primores de la heptacoordinación que aparece en los complejos de lantánidos y actínidos, con sus impresionantes y poco usuales formas geométricas.

En un contexto no tan menos químico, pero sí más editorial, celebramos con este número el séptimo año de esta revista.

Quedaron atrás muchas cosas, desde los balbuceos de la planeación inicial, el ver aparecer aquel número de presentación que hubo casi que regalar, el pasar por la labor de vocear, de suplicar, de convencer, de revisar, de redactar, de gestionar permisos y autorizaciones, de registrar periódicamente

el apartado postal, de quedarse ciego cada tres meses ante el monitor, de pedir dinero y colaboración, de no tener cómo llenar un ejemplar dado, de imprimir etiquetas, de meter en bolsas, de escribir cartas y más cartas, de enviar artículos a los árbitros, de hacer compatibles arbitrajes incongruentes, de perseguir a los autores, de revisar finanzas y ajustar gastos, de lamentarse de anuncios incobrables, de pelearse con los contralores universitarios y con la Dirección de Asuntos Jurídicos, de reclamar giros telegráficos y de correos, de citar al consejo editorial, de hacer la promoción nacional e internacional, de cargar revistas de aquí para allá, de construir la página de la revista en la red...

Todo lo anterior ha sido realizado por muy pocas personas. En ese sentido hemos construido la revista más eficiente del orbe. La mayor parte de la chamba ha estado en manos de Beatriz Caudillo, nuestra eficaz y sonriente secretaria; de Arturo Villegas, el culpable de la calidad de copiedición e impresión, ahora elevado al rango de editor de documentos *.html y *.pdf; y de Yoselinda Monsalvo, nuestra eficiente e incansable administradora. Todos hemos compartido a tiempo parcial esta responsabilidad, además de las que nos ocupan verdaderamente. ¡Felicidades a los tres!

No nos podemos quejar: el que algo quiere, algo le cuesta. A cambio hemos recibido cientos de satisfacciones. La más grata es constatar con mucha frecuencia que hay subscriptores fanáticos y adictos a la revista, quienes a pesar de las crisis y los salarios aportan puntualmente su cuota de resubscripción. Donde quiera que vamos en la República Mexicana hay quien nos comenta acerca de la utilidad de esta revista. Además, empezamos a ser familiares fuera de México. Basta recordar que hemos publicado en estos siete años cerca de 50 artículos originales procedentes de autores extranjeros. Todo el esfuerzo ha valido la pena.

Detrás de estos cuatro por siete números de *Educación Química*, de su cábala, su azar, su misticismo, su arte, su belicosidad, su cultura, su mitología, su naturaleza terrenal, su individualismo, y de su química, está este apreciado foro educativo, el cual he usado —y quizás abusado también— con algunas modestas reflexiones por medio de esta página editorial, que cumple hoy sus primeros siete largos años, gracias a la tolerancia de nuestros lectores. ■

Andoni Garritz Ruiz